

Publicación
trimestral
de narrativa
y poesía

Viajeros de la

UnderWood

Segunda época

Año 2/ N° 8

Marzo

1999

Rosario

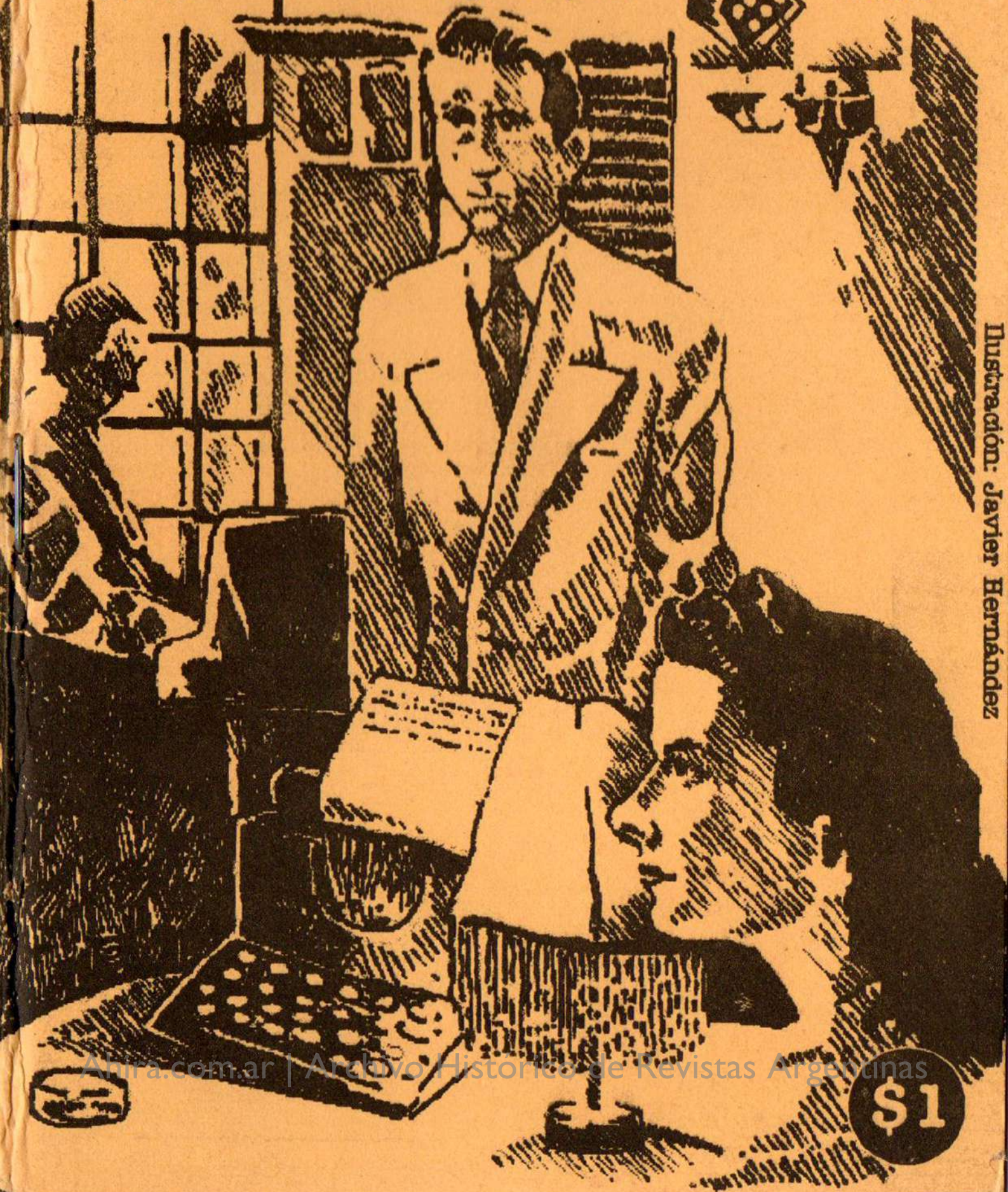


Ilustración: Javier Hernández

LIBRERIA
Logos

**TEXTOS
SECUNDARIOS Y
UNIVERSITARIOS**

TEXTOS EN INGLES

ENTRE RIOS 789
TEL: 425-9352
2000 ROSARIO

**TALLER DE
ESCRITURA**

para producir textos
narrativos y guiones

Coordina Jorge Savoia

Martes 20 Hs.

"La Comedia de Hacer Arte"
Tucumán 1291

MultiCopias
I M P R E N T A

Impresiones Offset
Duplicaciones
Librería
Fotocopias
Servicio de FAX
Plastificados
Encuadernaciones
Espiralados
Anillados
Procesado de Master y Chapas
Tarjetería

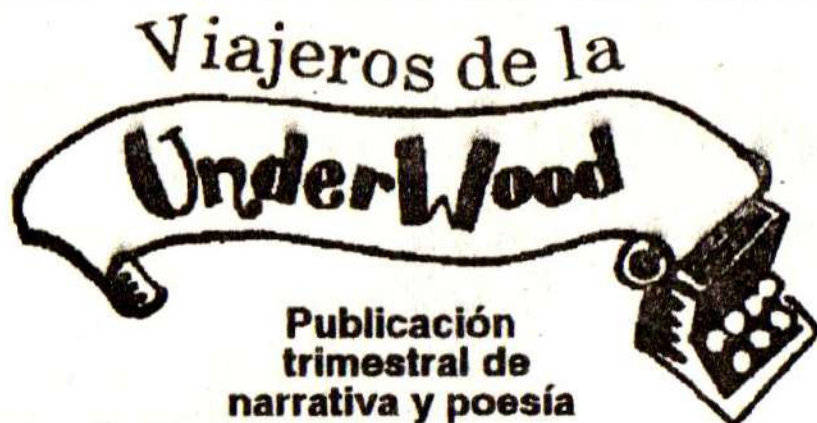
Entre Ríos 565
Tel/Fax: 425-5888
2000 Rosario

LIBRERIA *VITES*



Compra y Venta
de libros nuevos y usados

Sargento Cabral 74
(frente a la aduana)
Tel: 424 6616



Editores: Mercedes Gómez, Diego G. Martínez.

Colaboradores: F. Talló, G. Reyes, J. Savoia,
H. Toloza, M. J. Lucero Belgrano,
G. de Cicco, I. Ocampo y P. Smith.

Diseño: Diego G. Martínez.

Ilustraciones: Javier Hernández, Esteban Tolj,
Germán Gago, Cristian Andrioli.

Publicidad: Mercedes Gómez, Pablo Crash.

Ventas: Cecilia "Pitu" Di Paolo.

Mensajes: Ma. P. Alzugaray.

Redacción: J.M. de Rosas 929, 10º "C",
tel: (0341) 448-8864 - Rosario.

Correo electrónico: vdlu@hotmail.com

Director y Propietario: Pablo J. Solomonoff.

RNPI N° 894500

Imprenta: Multicopias

ACLARACION DE LOS EDITORES

La editorial no comparte necesariamente las opiniones de los autores que publica. Se autoriza la reproducción y/o difusión, notificando por cualquier medio a nuestros editores.

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas



Piedra Blanca

Diego G. Martínez

Seña de luces.
Uno... dos... tres... cuatro segundos.
Seña de luces.
Uno... dos... tres segundos.
Nuevamente: seña de luces.

-Pero ¿qué carajo quiere este tarado ??!!- grita exasperado Gregorio. E incansablemente las luces rebotan, una vez más, sobre el espejo y caen sobre sus ojos, contrayéndole rabiosamente la pupila.

-La remismísima concha de tu madre!!!- y prefiere llevar la aguja del velocímetro a 75 kilómetros horarios, mientras, con la mano derecha, desvía los reflejos del espejo retrovisor.

-¡Quien mierda seas no vas a conseguir que llegue tarde!, aunque lograste que esté puteando.- reflexiona.

Gregorio Droman ya acaricia la curva a 85 kilómetros; por su parte el río, a su derecha, se mimetiza con los nubarrones, oscuros como pensamientos insanos. Mira furtivamente por el espejo de su izquierda, y ve un diminuto coche que mantiene siempre la misma distancia entre ambos.

Más allá de que hoy es lunes, este es un día despreciable. El sol se negó a desparramar las nubes que se congregaron al principio del día, y esto contribuyó para que los ciudadanos simplemente no tengan ganas de mostrarse. Son las 18: 41, y la tarde parece una extensa noche. Tdo hoy es gris: las luces, las voces, los ojos, y más que nunca las calles.

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

Pero Gregorio no puede detenerse en estas cosas. Le preocupa sí, que este coche, siguiendo las líneas de su camino, no le permita llegar con puntualidad a la cita en la estación de radio. Sigue conduciendo por la vía rápida para automóviles que bordea el río, impregnando de velocidad el ambiente detenido.

El perseguidor de Droman, de Gregorio Droman, no se pierde, parece llevar un sofisticado radar. Gregorio, por su parte, se está obsesionando a tal punto con la persecución, que relega de forma inconsciente su entrevista de las 19 horas y se adentra en una serpiente de curvas y contracurvas, de semáforos amarillos y de atajos; todo ello para confirmar que el coche blanco, negándose a la tarde gris, se mantiene impávido tras él.

La trayectoria de Gregorio no hace más que acercarlo a las afueras de su ciudad, donde lo gris ya se mezcla con garúa de tango. Cree haber encontrado la forma estratégica de perder definitivamente al coche blanco: sigue una serie de calles de puerto, cortas y oscuras, y mirando burlonamente hacia atrás, ve al enfermizo coche blanco. Caen las comisuras de su boca y frena, instintivamente.

Ya no hay garúa, ahora llueve... Quedamente.

Con el dedo pulgar y con el índice saca, buscando debajo del asiento, una navaja española y la esconde en su sobretodo.

- Si sos tan piola, te vas a aguantar ésta.-

Abre la puerta.

El otro auto se detuvo en un pabellón; de telón: el río.

En los altos postes del puerto se enciende la luz y marca con ferocidad las gotas de lluvia.

Las botas de Droman están pisando un charco de agua y grasa, su sobretodo lo cubre hasta los talones, las manos en los bolsillos del vaquero.

Está mirando directamente al coche, detenido a treinta metros.

La puerta blanca se esta abriendo, en silencio, también salen botas, y un cuerpo esbelto se desprende del interior.

Esta corriendo hacia Gregorio.

Los ojos de Droman se abren incrédulamente ante la figura que viene.

Una cabellera largamente rubia se mezcla entre la brisa; la delgada mujer está llegando a él. Sus pasos se hacen lerdos y ahora se ve su cara. Una frágil mujer está respirando con dificultad.

Restan unos cinco pasos entre ellos. El parece un estúpido busto de yeso, quebrando la cáscara con palabras:

-¿... quién sos?, nunca... nunca te vi antes...- afirma indecisamente.

Ella tensa una mirada hasta los ojos de él.

- Soy el amor.

Y la palabra cubre cada rincón en las preguntas de él.

- Amor... el amor... y no puedo perseguirte más... No podés seguir pensando porque el amor debe sentirse... y este sucio escape tuyo no hace más que agrisarlo todo.

Sus ojos están nadando, son dos lagos salados. Y Gregorio, al mirarlos por última vez, comprende que el reloj de arena se quebró.

Las lágrimas encuentran sosiego en la hermana lluvia y el amor comienza a desvanecerse, mientras Gregorio afirma que nunca... nunca lo había visto antes.



La última llamada

Fernando Talló

- No *signora*, no sé cómo pudo haber pasado... Al llegar usted a Bruselas la habitación tendría que haber estado disponible, lo siento-dijo Mabel sin sentir nada, repitiendo la formalidad como ya lo había hecho tantas veces, ahora tal vez menos enfática, sin la solidaridad que había llegado a expresar alguna vez, más cansada. Miró el reloj y se cambió el auricular de oreja rápidamente, antes de que sonara el próximo bip. Lo logró, y enseguida tuvo lugar la siguiente llamada, esta vez procedente de Alemania.

Mabel se deslizaba a través de la información que ofrecía la pantalla con rapidez, y había aprendido a transmitirla en voz baja, contenida. Se había dado cuenta que el uso de esta técnica era fundamental para no llegar extenuada al final del día. Así y todo

ciertas cosas no se podían evitar, como la irritación que le producían ciertas voces: invulnerables al dispositivo de volumen que Mabel rápidamente trataba de graduar, llegaban a sus oídos intactas y altisonantes, penetrando las palabras su cabeza como dardos de sonido. Pero se consideraba fuerte y se reía incluso de aquellos colegas que colocaban cerca de ellos un cactus para absorber -eso decían- las radiaciones negativas provenientes del ordenador. A Mabel le angustiaban otras cosas, otras ideas sobre esa ocupación en la cual se le estaba yendo la vida.

El día anterior habían ido con Pablo al cine a ver una película polaca dónde, en determinado momento, la protagonista descubre que en otro país vivió una mujer exactamente igual a ella.

- ¿Y qué harías si te encontrases con una persona idéntica a mí?- le preguntó Mabel a Pablo una vez en casa.

- Le preguntaría algo, la haría hablar. Ya que puede ser igual en todo, menos en tu voz. Tu voz es única, inconfundible.

Mabel se rió. Ya le habían dicho lo mismo en la oficina. Algunos la reconocían incluso de inmediato desde el otro lado de la línea y a Mabel esto le gustaba. No era mucho pero al menos era algo, dentro de ese ir y venir de información anónima, gigantesca, que constituía su trabajo.

Y ahora, por un momento, pensaba nuevamente en esa película que habían visto. Curiosamente, no le había inquietado tanto la presencia enigmática, casi fantástica de esa doble, sino la falta de conflicto, de problema a resolver. La protagonista buscaba, pero nunca sabíamos bien qué. Se desplazaba, pero nunca teníamos claro hacia dónde. Luego surge este misterio de la doble, y al final...

La próxima llamada no se hizo esperar.

- Soy Mabel. ¿puedo ayudarle?

La reserva era para París durante un fin de semana de julio, un hotel no necesariamente caro pero sí bien ubicado.

- Es que mi mujer -dijo el señor- tiene problemas para caminar. Enseguida se cansa. Así que sería bueno que los lugares a visitar se encuentren a mano, no muy lejos.

Mabel apenas podía oír la voz del señor que le llegaba entremezclada con el ruido acompasado de algo que no podía definir.



- ¿Saint Germain, Place de la Republique...?

- Elijalo usted, señorita. Yo nunca estuve en París.

Sin saber por qué, Mabel se solidarizó inmediatamente con el señor y le buscó lo mejor que pudo. Una vez hecha la elección le explicó las ventajas de la misma y las facilidades del lugar en cuestión. El hombre parecía satisfecho.

- Lo que sí -dijo Mabel- ahora necesitaría un número de tarjeta de crédito.

- ¿Y sin ese número?

- No puedo hacer nada. El sistema... el ordenador, me lo pide para cerrar la reserva.

- No se preocupe. Ya sé de lo que me está hablando. Yo también estoy conectado a una máquina -dijo el hombre con algo de humor.

Al oír estas palabras creyó percibir con mayor nitidez aquel ruido de fondo presente durante toda la llamada. "Este hombre está en el hospital -pensó-. Desea ir a París pero en estos momentos está internado".

- Un segundito -dijo Mabel. - Voy a ver qué puedo hacer por usted.

Mabel se tomó unos instantes y bloqueó una habitación sin número de tarjeta. Finalmente le comunicó el número de reserva al señor.

- No sabe lo que le agradezco... Es que le quiero dar una sorpresa a mi mujer. Y es ella la que en estos momentos tiene todas mis pertenencias... Ha sido muy amable. Y sabe: su voz..., su voz me recuerda a alguien... ¿puede ser...?

- No sé, esto nunca me lo han dicho.

- En fin, no tiene importancia... Le agradezco mucho Mabel. Ha sido muy amable, de verdad.

Ya en su casa, Mabel siguió pensando en este hombre. Trató de imaginárselo y pensó en sus ganas de viajar, las ganas de hacer feliz a su esposa.

Cuando Pablo llegó, Mabel ya estaba acostada. Prendió la televisión y colocó el volumen lo más bajo posible. Mabel, que no estaba dormida, se despertó y, una vez que éste se hubo metido en la cama, se apoyó contra su cuerpo frío experimentando placer.

- Sabés una cosa -dijo Mabel-, estuve pensando en la película de ayer...

Pero Pablo, en silencio, ya estaba sumergido en la que en esos momentos tenía delante de sus ojos en la pequeña pantalla. Varios hombre, cargados de pesados armamentos, perseguían a uno que trataba de escapar por las calles oscuras de una ciudad semidesierta.

Cuando llegaron las propagandas, Pablo le pasó una mano sobre el pelo.

- ¿Tuviste alguna linda llamada hoy?

- No -contestó Mabel-. Lo de siempre.

Y cerró los ojos, tratando de imaginarse una vez más a aquel hombre del hospital. Y estuvo por preguntarle a Pablo si él, a punto de morir, seguiría aún preocupándose por ella. Pero esta inquietud se le apareció de inmediato como algo egoísta e infantil. Por lo pronto, y ahora que el estruendo de la ráfaga de disparos comenzaba a expandirse en la habitación, deseó fervientemente que ese hombre -sin lugar a dudas un buen hombre- pudiese llegar a disfrutar de su fin de semana en París. Mientras tanto, Mabel se quedaba con sus últimas palabras que, sin saberlo, se habían transformado en las definitivamente finales, las últimas de toda una vida: *Has sido muy amable, de verdad.*



Estrategia de un cazador principiante

Jorge Savola

"Qué alegría, vivir sintiéndose vivido."

Pedro Salinas

Cuando ingresé a la Facultad conocí a Cecilia. Y cuando conocí a Cecilia supe dos verdades: que me enamoraría de ella y que no me sería fácil seducirla. Mi experiencia con chicas de mi edad no me serviría: ella era una mujer madura.

Inicialmente mi táctica consistió en profesarle una inocente, notoria y sostenida admiración. Jamás una palabra o una mirada que pudiera tener otro sentido más allá de la relación entre un alumno y su profesora de Introducción a la Literatura.

El largo acecho -que duró casi un año- me brindó una gratificante práctica en mis dos fundamentales vocacionales: la literatura y el amor. Respecto a aquella, me leí no sólo toda la bibliografía de la asignatura sino también todos los trabajos de Cecilia; y respecto al amor...

Cautó y paciente, y también meticuloso observador, discretamente averigüé su dirección, su teléfono, sus hábitos, sus salidas... Y entonces inicié mi estrategia.

Ella consistió en una sucesión de encuentros "casuales"; siempre fugaces y para una sola punta. Me explico: yo me aparecía por los lugares en donde ella estaba -la caminata de los domingos a la mañana por la costanera, el concierto de los jueves en la Facultad de Derecho, la función de los viernes en el cine-club-; pero no se trataba propiamente de un encuentro porque si bien ella no podía dejar de verme, yo jamás la "veía".

Aquel joven poeta ensimismado, concentrado en su interioridad y siempre solo pasaba junto a aquella mujer hermosa, y también solitaria, sin reparar -jamás- en ella.

Mi estrategia era precisamente saturarla de mí. Lograr que me viera hasta en la sopa; provocar que, en algún momento, esperara verme. Este sería el punto culminante, el portal que me franquearía el acceso a su intimidad.

Y un día ocurrió.

Cecilia nos había propuesto un trabajo práctico y todos estábamos silenciosos, leyendo un texto. Ella comenzó a desplazarse por entre los bancos; después de un lento rodeo llegó hasta el último, el que yo ocupaba.

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

Entonces se inclinó sobre mi pupitre y con un susurro casi cómplice me dijo: "El viernes se perdió un film de Bogdanovich que proyectaron en el cineclub".

La miré perplejo, con la boca abierta. Creo que ella disfrutó mi asombro, mi desconcierto.

Media hora más tarde, cuando comenzó a pedirle a cada alumno el resultado del trabajo práctico, me excusé. Le dije, casi balbuceando, que me disculpaba, que me sentía mal, que no había podido concentrarme. Y sin más, abruptamente, me retiré del aula. Ella no podía dejar de advertir la evidente perturbación que me había provocado aquel contacto tan inusitado y peculiar de su parte.

Tres semanas estuve sin aparecer por la Facultad; tampoco por los lugares en donde ella solía verme. Ahora mi ausencia era la que tenía que actuar. "El no-ser revela al ser", había leído hacía poco en Sartre y no dudé en incorporarlo a mi estrategia: mi ausencia manifestaría definitivamente mi existencia.

Decidí que era el momento de actuar. Ya todas las condiciones estaban dadas: presencia, saturación, curiosidad, misterio y, por último, culpa. Sólo faltaba el golpe final.

Yo sabía que los sábados ella acostumbraba a leer hasta la madrugada. A las doce en punto de la noche la llamé por teléfono. Le dije que necesitaba verla inmediatamente. Cecilia, después de un largo instante de silencio, dijo que sí; pero antes de que llegara a decir algo más -citarme en un bar o darme su dirección-, yo corté.

Cinco minutos más tarde llamé a su puerta.

Percibí claramente su estupor, su inquietud; pero también su satisfacción y agrado. Era el momento del golpe en la nuca.

Sin entrar, parado en el umbral, vulnerable y asustado, le dije que la amaba.

Ella se conmovió; y entonces supe que la batalla ya estaba decidida. No obstante atinó una débil defensa:

- Pero... si le llevo a usted veinte años- llegó a pronunciar.

No le di tiempo para más; mi contraataque fue contundente y demoledor:

- Dentro de cien años -dije, repitiendo a George Bernard Shaw- ambos tendremos la misma edad.

Y entonces se rindió.



El amor es cosa de malhechores

Gustavo Reyes

Se habían visto por primera vez (que Raúl recordara) en una larga y agotadora cola de un banco, sobre el filo del mediodía, cuando el pico de calor y la ansiedad suelen ser más intensos. Durante interminables minutos no pudo apartar sus ojos de ella, de su torneada cintura, los delineados labios, la mirada transparente, y por más que deseara hundir su atención en la lectura del diario, todo intento por escabullirse de aquella torturante visión fue inútil. Ella, por su parte, se había percatado que una mirada gris y penetrante la hostigaba con insistencia. Pero como corresponde a una verdadera dama, hizo caso omiso a la situación y trató de mudar de postura, sin que ello le disipara totalmente su incomodidad. Se bajó ligeramente la minifalda celeste y se retocó el maquillaje de los pómulos con el rubor que llevaba en la cartera. El reflejo de un vidrio le alertó que el hombre permanecía en la misma empecinada actitud. Al fin, cuando las colas comenzaron a correr precipitadamente (pues se acercaba la hora de cierre), Raúl perdió de vista a la mujer, que fue deglutida por la sudorosa turba de contribuyentes que invadió el banco. Tres días después la volvió a ver en el mismo lugar.

Sus miradas se chocaron como por un descuido. Raúl no necesitó de un minucioso examen para estar seguro que se trataba de la misma mujer de días antes; ella, en cambio, dudó al principio, pues tenía una vaga impresión de conocer aquellos ojos libidinosos que la vigilaban de cerca. Precavido y atento, Raúl se trasladó sigilosamente de cola y se aproximó más aun a su objeto de admiración. Buscaba iniciar un diálogo, por más pueril que fuese, trabar conversación. Sin embargo, no pudo evitar ser arrasado por una repentina avalancha, naufragando, nuevamente, sus propósitos. En el interior del banco deambuló en su busca sin éxito. Acaso más derrotado que afligido, empujó las atiborradas puertas giratorias y se internó en el agobiante fluir de la ciudad. Sólo

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

entonces, doblando la esquina, la vio; o mejor, se vieron. Porque ella apremió de inmediato los pasos para alejarse de allí. Raúl la imitó: a los diez metros, ante las barandas de protección de una obra que interrumpía el tránsito de la vereda, logró interceptarla. Sin dudarle, alargó una temblorosa mano y la detuvo por el brazo al tiempo que ensayaba unas palabras suaves y conciliadoras. Ella se rehusó y forzó hasta liberarse del asedio de aquel desconocido, quien se quedó perplejo, atónito por la inexplicable reacción, herido en su dignidad de hombre. Fue entonces que descubrió, al emprender el doloroso regreso, un objeto en el suelo, velado por el polvillo y las pisadas. Era una credencial que pertenecía (a juzgar por la foto a colores) a la mujer que acababa de despreciarlo. Aquel hallazgo había venido a corroborar sus sospechas: la mujer se desempeñaba como vendedora en una compañía de seguros. Que se llamaba Mariana Florens fue el único dato conciso que le reveló; ni domicilio, ni teléfono, ni edad. Sólo su nombre y el de la compañía. No pasó mucho tiempo antes de que Raúl entrara, decidido y perfumado, en el local céntrico de Dinar S.A.

En la ventanilla de informes averiguó sobre el paradero de Mariana, y así supo que se hallaba de viaje de negocios. Alargando una sonrisa en los labios intentó sacarle a la empleada los datos personales de la bella vendedora, lo cual le costó (pese al excelente empleo de la *eloquentia*) no menos de treinta pesos. Abandonó el edificio satisfecho por los datos recabados y en adelante sólo ocupó su mente -y gran parte de sus días- en urdir un nuevo plan de abordaje, un nueva estrategia para conquistar a aquella dama de soberbia belleza. Consciente que debía proceder con mayor cautela y menor obcecación (si deseaba realmente ganar sus favores y su estima), Raúl trazó con minuciosidad los pasos a seguir. Para comenzar, se dijo, le enviaría a Mariana un ramo de rosas (las mujeres suelen debilitarse ante tales gestos), un furtivo llamado telefónico y alguno que otro insulso poema de amor. El pretexto de acercarle la credencial extraviada justificaría su presencia en su casa. El resto dependería de su habilidad como seductor y de su larga experiencia con las mujeres.

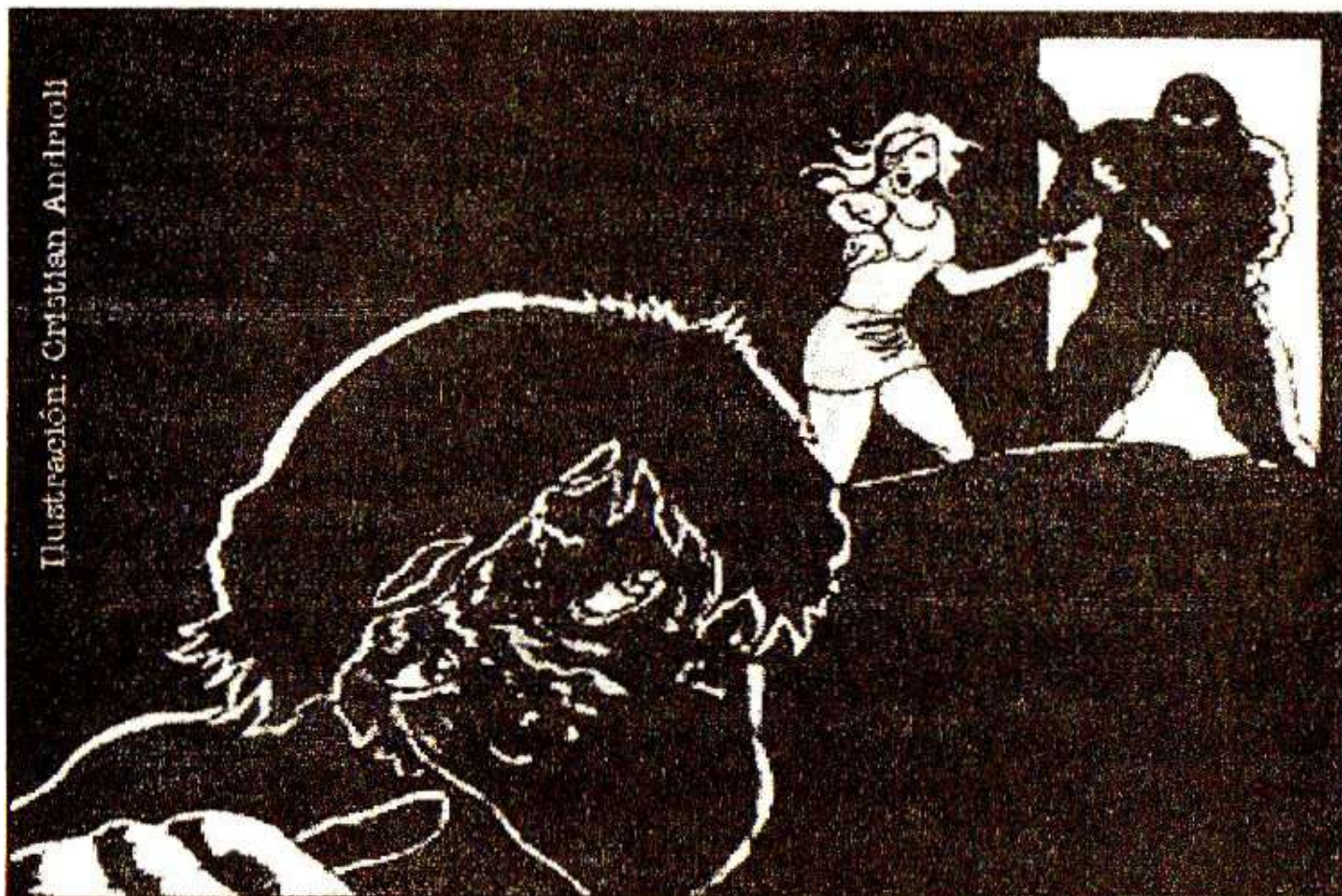
En tres ocasiones se presentó Raúl en el edificio de

departamentos de cinco pisos de la calle Garay; en tres ocasiones el portero le juró y le rejuró que allí no habitaba ninguna Mariana Florens. Ante la sospecha de que el portero (un viejo decrepito con acuciante aliento a vino y salame) apañaba a la mujer, Raúl esperó a que cayera la noche y se apostó cerca de la entrada, guarecido por las sombras y los helechos de un cantero. Desde allí atendió al movimiento del edificio y aguardó en silencio. Cuando vio que una anciana se aproximaba extrayendo las llaves, se puso en guardia y echó a correr detrás de ella. Llegó un momento antes de que la puerta se cerrara; una vez adentro, se acomodó el saco y se centró la corbata. Luego, tras verificar que el ramo de rosas no había sufrido ningún desarreglo por el trote, buscó con la vista el ascensor. Para su sorpresa, no había: era un edificio demasiado viejo y muy mal mantenido, las puertas y ventanas crujían al plegarse y por la apariencia que presentaban las paredes, no se les había dado una mano de pintura en decenas de años. Las escaleras, pensó entonces. Si mal no le había indicado la empleada de la compañía, Mariana vivía en el 5º B. Se dio prisa; un malestar interior le inquietaba. Estaba encaramándose ya escaleras arriba cuando una voz ronca lo detuvo en seco. Se volvió.

- ¡Usted otra vez! ¿Qué quiere acá? ¿Por qué persigue a Marianita? ¿Quién carajo es?

Hacia él avanzaba furibundo el portero; blandía en alto un objeto largo y delgado que, no obstante la tenue penumbra del palier, Raúl lo identificó como un bate de béisbol. Desanduvo lo recorrido con toda la intención de serenar al anciano. Pero éste malinterpretó su propósito: el hombro derecho de Raúl absorbió la primera descarga. El joven trastabilló, entonces, dolorido llevándose una mano a la clavícula, abriendo muy grande la boca. Reculó unos pasos sin poder eludir la segunda descarga, que fue como una piedra cayéndole sobre el pecho. Gateó hasta el ingreso impulsado menos por la fuerza que por un sentimiento de supervivencia. La infortuna quiso que se topara con una puerta férreamente clausurada. La tercera descarga (su estómago recibió el feroz embate del anciano) terminó definitivamente con su paciencia. Esperó a que el portero izara nuevamente el bate para arrojarlo sobre él con la furia de un felino hambriento. Rodaron por el suelo trenzados en cruento combate; al cabo de forcejeos y arañazos,

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas



LECO FURBER '77

Raúl le propinó una serie de cortos derechazos al portero, quien quedó con los brazos en cruz y el cuello flojo. Entonces Raúl ya no intentó escapar por la puerta principal sino que se abocó a la búsqueda de una de servicio. Obviamente, no la halló. En su desesperación (pues el anciano comenzaba a incorporarse) se lanzó por las escaleras tan rápido como sus magullones le permitían; el miedo puso alas en sus pies. De su nariz fluía espumante sangre, tenía el rostro anegado por el sudor y su traje (adquirido especialmente para la ocasión) estaba reducido a una piltrafa. Hacia el tercer piso una puerta se abrió y Raúl cayó exhausto. Con una mejilla incrustada en el piso, sintió que alguien se le aproximaba con respetuosa cautela. Cuando vio que una joven adolescente se asomaba con curiosidad a su rostro vencido, extendió una mano suplicando ayuda. La joven prorrumpió en chillones grititos de terror que repiquetearon en todo el edificio. Comprendiendo de golpe que aquel escándalo atraería la atención del consorcio entero, Raúl se levantó con dificultad y atrapó a la niña sellándole la boca con sus débiles manos. De pronto una multitud ensordecedora de pasos en la escalera le alertó sobre el ejército de vecinos que venía por él; a lo lejos se oían el ulular de unas sirenas. Soltó a la joven y reanudó el ascenso. En el último piso tomó aire a grandes bocanadas. Allí, entonces, al ver a Mariana saliendo de su

departamento, notó que no traía más consigo el ramo de rosas. La bella vendedora no pudo contener un respingo al descubrir al sujeto del banco, que se acercó como un perro herido, los cabellos desgreñados y tintos de sangre, el aliento espeso y húmedo... En ese instante Raúl le hubiera querido expresar el encendido amor que profesaba hacia ella, los sentimientos nobles que abrigaba en su corazón. Pero sólo atinó a contemplarla con suplicantes ojos, acaso empañados por una suerte de irrealidad y sufrimiento. Mariana notó claramente aquel brillo conminante en sus pupilas grises y amagó con entrar de nuevo en su casa: una urgente mano de Raúl impidió que otra puerta se le cerrara.

- Me tenés que ayudar- balbuceó, corriendo el cerrojo, la espalda adherida a la madera sin color.

Habrà sido la aterradora sensación de estar reclusa en su propia casa con un desconocido lo que condujo a Mariana a un ataque de nervios. Rompió en llantos y aullidos y, presa del mayor arrebató de locura, no entendió razones. Ni aun los cachetazos de Raúl lograron tranquilizarla. Cuanto más gritaba más cachetazos recibía; cuanto más cachetazos recibía más gritaba. La estaba sacudiendo de los hombros para que volviera en sí, cuando los alaridos de los vecinos echaron abajo la puerta.

El estallido de un disparo enmudeció a Mariana. Luego sobrevino otro, y otro... Raúl la miró directo a los ojos, como en aquellas ocasiones mientras hacía cola para pagar sus impuestos como todo buen ciudadano. La miró con una ternura indecible, eminentemente caballera. Pero ella cerró los ojos con extremado dolor. Después sintió que un par de tenazas liberaban sus hombros y que el grave ruido de un cuerpo desplomándose llenaba el departamento. Segundos más tarde, tres oficiales la rodeaban preguntándole si se encontraba bien.

Una vez repuesta de su shock emocional, Mariana Florens, vendedora de una compañía de seguros, reconoció el cadáver como el sujeto que, tras robarle una credencial en la vía pública, la persiguió y acosó durante tres semanas con fines deshonestos. El portero, por su parte, declaró a la policía que pertenecía al asaltante el bate de béisbol. La credencial, sin embargo, no se pudo hallar entre las prendas del malhechor. Sólo dieron con una carta manuscrita y un pequeño oso de peluche.



La herencia

Hernán Toloza

Tenía una reliquia, un reloj de bolsillo, redondo, plateado, con la esfera blanca, y las agujas finas y oxidadas; cada aguja estaba formada por dos líneas que arrancaban siendo paralelas y que - antes de juntarse-, cuando más cerca estaban, comenzaban a alejarse para trazar un pequeño corazón. En el vértice de ese corazón, disimulando la unión de las líneas, habían colocado una diminuta esfera de oro. En el seis tenía una piedra azul y en el doce un hueco color ocre; los números romanos habían sido trazados con rasgos finos, más altos que anchos, y era fácil confundirlos con las líneas que formaban las agujas. Lo había ganado mi abuelo, cuando mi madre era aún pequeña y él soñaba con una familia gigantesca que lo rodearía con afecto en la vejez. En esa época trabajaba en una fábrica de hielo, siempre esperando que lo ascendieran o lo llamaran de otro empleo. No le hubiera creído, si alguien le hubiera dicho que tendría una sola hija y que el momento de la jubilación lo iba a encontrar cargando barras de hielo en los camiones. Esquivaba los torneos de pulseadas que se hacían en los vestuarios, mientras se cambiaba la ropa después del trabajo. En parte por cuidar el salario, y en parte porque despreciaba cualquier gesto que lo colocara por encima de sus compañeros. El brillo de la esfera, entrevisto al pasar de mano en mano, logró vencer sus escrúpulos, y apostó una cuarta parte de su salario que aún no cobraba. Con poco esfuerzo ganó la pulseada. Después, con la indiferencia hacia las felicitaciones y los desafíos, se vistió y volvió a su casa. A pesar de su desprecio hacia todo lo que fuera ostentación, se jactaba de no haberse separado por ningún motivo del reloj.

No sé si lo que recuerdo se corresponde con la primera vez que vi aquel reloj, o con la primera vez que me encontré fascinado por el objeto, de la misma manera en que mi abuelo lo había sufrido en la fábrica de hielo. Una tarde, en marzo, días antes de mi cumpleaños, él pasaba por el jardín, fumando su cigarrillo con pitadas largas y

espaciadas. Alrededor de su cabeza el humo parecía aquietarse, como un cortejo de moscas en torno al cráneo de un animal moribundo. Dio una última pitada, más intensa, antes de llegar al filtro del cigarrillo, aspiró con mayor lentitud, retuvo más tiempo del habitual el humo en los pulmones, y después comenzó a soltarlo, afinando los labios que hacían pensar en el hocico de los zorros. Recién entonces recordó la colilla que se consumía entre sus dedos. Sin mirar hacia donde lo hacía, tiró el filtro por encima de la reja negra del jardín, se limpió los dedos contra el muslo y buscó en el interior del chaleco. De la mano cerrada colgaba la cadena de oro del reloj. Mientras buscaba en el cielo los signos del eclipse, había abierto la mano para confirmar la hora, y un reflejo plateado dominó cualquier cosa que yo estuviera pensando en esa tarde. Giró la cabeza hacia ambos lados, antes de volver el reloj a su refugio, como si quisiera significar que todavía no era el momento o que el fenómeno se había retrazado. Caminó con calma entre las plantas, esperando que algo ocurriera; se agachó al llegar a la violeta de los alpes, rodeó luego los helechos esponjosos y estiró la mano hacia los limones que aguardaban en la rama. Desde el limonero fue hasta el malvón, y en el camino mi madre lo alcanzó con un vaso de vino tinto. Mi abuelo tomó un cuarto de vino, mientras charlaba con mi madre acerca del único tema sobre el que no discutían. Con mi madre apoyada en su brazo retrocedió hasta un helecho que parecía iba a morir de un momento a otro. Separó un poco las hojas y desparramó el vino tinto sobre el círculo de tierra que rodeaba a la planta. Desde hacía años mantenía que únicamente con vino tinto los helechos llegaban a su máxima belleza. Los otros helechos habían pasado por la misma enfermedad, tristeza, decía mi abuelo, y por la misma cura. Regresaron hasta el malvón, apoyada aún mi madre en el brazo de mi abuelo, y se quedaron allí sin hablar, sólo mirando la senda que las hormigas habían comenzado a trazar entre el cantero del jardín y algún lugar de la casa.

Junto a un grupo de amigos los observábamos desde el balcón. Yo tenía ganas de llamarlo, de decirle que subiera y nos hiciera compañía. Que nos contara algo, cualquier cosa, real o inventada;

solamente quería escuchar su voz señalando imperceptibles conexiones entre las palabras. En su voz el tiempo se hacía lugar de reposo, y esa calma era el olvido del sufrimiento en el cual creía vivir siendo niño. Eso quería, pero no me animaba a llamarlo, a romper el hechizo que esa figura paseando por el jardín me provocaba. Al ver que vacilaba, mis amigos preguntaron por el nombre de mi abuelo. "Bartolo", les dije, y fatalmente, creyendo que ellos compartirían mi sentimiento, agregué: "En realidad, en el documento figura como Bartolomeo, pero a él no le agrada y prefiere usar el otro". Enseguida habían comenzado a llamarlo, gritando los cuatro a destiempo, como si se tratase de un eco que en cada repetición variara las notas de la voz primera.

"- Bartolo... meo..."

"- Bartolo... meo..."

"- Bartolo... meo..."

"- Bartolo... meo..."

Mi abuelo levantó la cabeza hacia el balcón con una leve sonrisa de resignación. Miró el reloj -en un gesto gobernado por la vergüenza- y luego el cielo, antes de mirar nuevamente hacia el

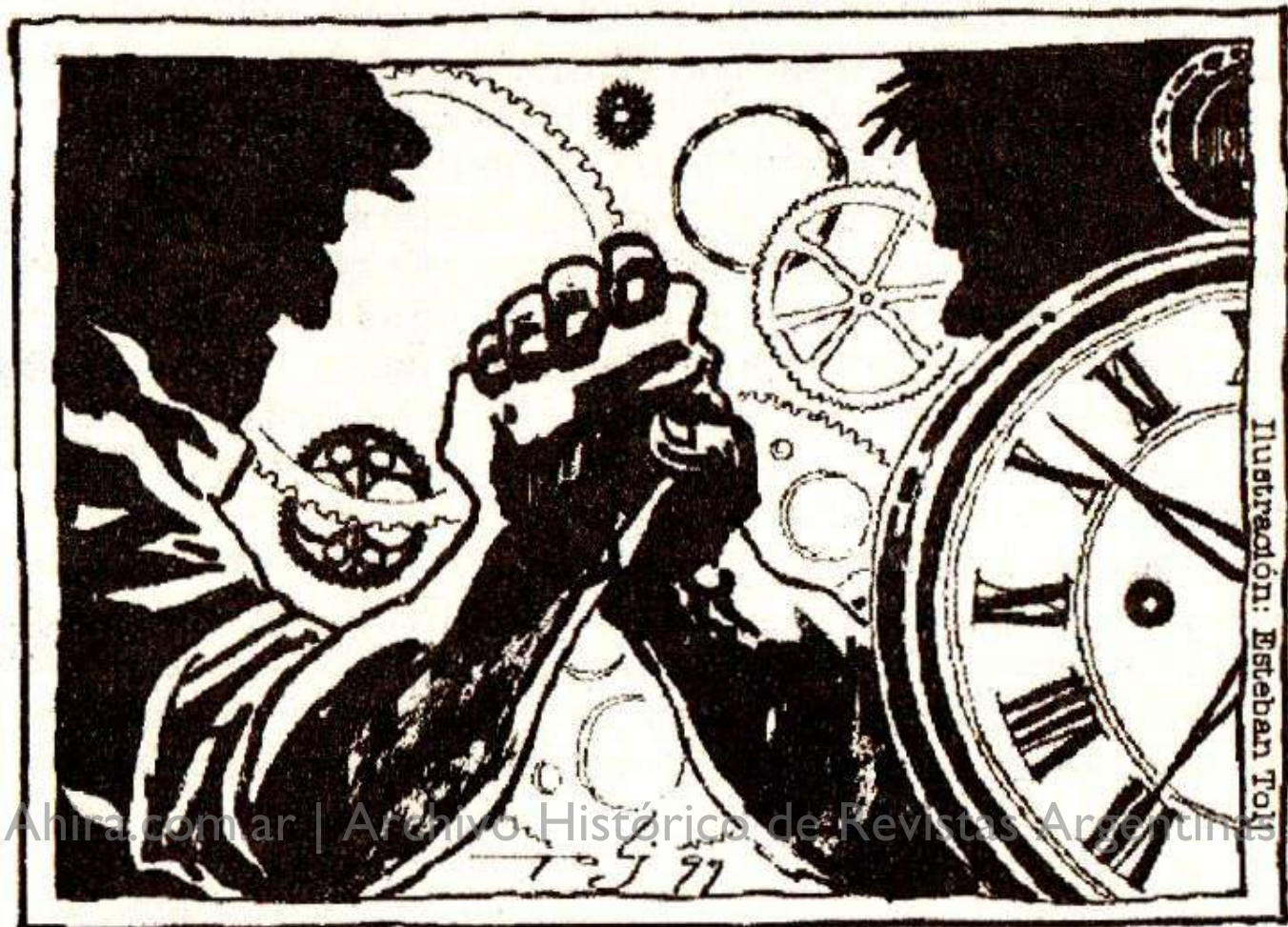


Ilustración: Esteban Toli

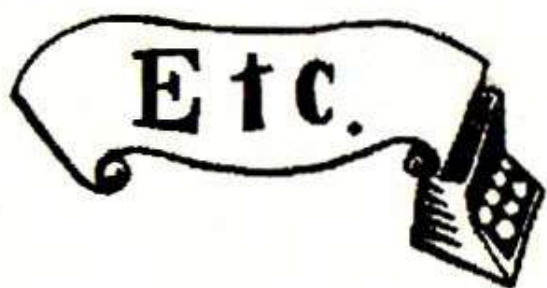
balcón. Entonces se dirigió hacia la entrada de la casa, como si hubiera alcanzado a comprender la magnitud de mi angustia. Con gran acierto se fue esa tarde sin despedirse, minutos después de haber entrado a la casa. Jamás mencionó lo sucedido ni exigió disculpas.

Muchos años después, el reloj fue mío. Con mi hermano fuimos hasta la casa de nuestro abuelo para buscar una muda de ropa, mientras él agonizaba en una de las salas del sanatorio. Mi hermano revisó la habitación, y yo fumaba en el patio, sentado en el tronco de un árbol talado. Del otro lado del alambrado una vecina me miraba, tratando de llamar mi atención para poder entrar en conversación. A propósito hice como que no la veía, estaba seguro de conocer lo que ella iba a contarme de mi abuelo y sus mujeres. Desde la casa, mi hermano me llamó, asomándose por la ventana de la cocina, para preguntarme la hora. Cuando volví la cabeza hacia el fondo de la casa, pude ver que la vecina ya no estaba espiando por el ventiluz de su cocina. Diez minutos después apagué el cigarrillo contra la tierra, aunque ya me había quemado los bordes de los dedos. Fui hacia el interior de la casa, preocupado por la demora y por el silencio. Desde afuera no se podía ver ningún movimiento. En la cocina no vi a nadie. Seguí por el pasillo hasta la habitación de mi abuelo. La puerta de roble y bronce estaba cerrada. La habitación estaba a oscuras. Desde la puerta parecía no tener ventanas. Posiblemente fuera más larga que ancha. No lo recordaba. Cerré la puerta con un movimiento fuerte, esperando que mi hermano, desde algún lugar de la casa, respondiera al ruido. En el pasillo la luz tenue de la siesta resultaba demasiado fuerte, y me obligó a pestañear un par de veces hasta acostumbrarme. Todavía tenía el picaporte en la mano cuando reconocí el olor que salía de la habitación. No sólo reconocí el olor, primero o al mismo tiempo, me di cuenta de su existencia. Era como el olor de un perro mojado, cuando el animal se refugia demasiado tarde de la lluvia en un lugar húmedo y sin ventilación. Mis dedos se deslizaban a lo largo del picaporte con la intención de soltarlo, pero un pensamiento me frenó inmediatamente, un pensamiento negro y luminoso como un

rayo, y mis dedos se quedaron quietos, a punto de doblarse, en el final del picaporte. Tantos años durmiendo en la misma habitación hacían que ese olor resultara indiferente, inexistente, pero tenía la certeza de reconocer ahí el olor fuerte de la transpiración de mi hermano. Abrí la puerta hasta hacerla chocar con la pared. Metí el brazo, buscando el interruptor de la luz, y cuando lo encontré hice presión sobre la perilla, pero nada ocurrió más allá del clic en la oscuridad. A esa oscuridad le siguió una enorme cantidad de puntos blancos y grises, y, después de abrir y cerrar varias veces los ojos, otro tipo de oscuridad, en la cual se podían ver las siluetas de los muebles. Dejé que el olor me sirviera de guía para reconocer al bulto que debería ser mi hermano. Estaba agachado y hurgaba en una de las baldosas. Tuve que tomarlo de los hombros para que me prestara atención. Me miró, o al menos giró la cabeza como si lo hiciera, y enseguida se volvió a agachar para continuar con lo que estaba haciendo. Lo dejé. Fui hasta una pequeña ventana y levanté la persiana, dejando que la claridad del día develara con mayor precisión los movimientos de mi hermano. Finalmente vi aquello que lo tenía tan abstraído. Había encontrado, debajo de la baldosa, "El hueco": el lugar en donde el abuelo escondía la plata que ganaba en las carreras de caballos. Sin embargo, no había dinero. No podía haberlo, después de la última visita que le hicieron al abuelo sus mujeres y que lo había mandado al sanatorio. Sólo quedaban dos cosas, un pequeño revolver negro, calibre 22, y un reloj de bolsillo que había perdido la cadena de oro y algo de su brillo original. Nunca me habían gustado las armas de fuego, por eso no protesté cuando mi hermano se guardó entre la cintura del pantalón y su cuerpo el revólver, dejando que yo me quedara con el reloj que fuera motivo de muchos sueños en mi infancia.

En el sanatorio fuimos hasta la habitación de mi abuelo, pero él apenas pudo reconocernos. Dejamos la muda de ropa en el armario blanco y nos fuimos caminando hasta nuestra casa, cada uno palpando a través de la ropa la herencia cobrada por anticipado. Sólo unos días antes, porque mi abuelo moriría a las 72 horas, sin haber recuperado el conocimiento.





Patti Smith
Arte en el cielo

Navegando el terreno plumoso iba arrojando frases como
"He estado en lugares peores
He estado en mejores
He estado por allí..."
Y todo lo que querés es que te den una mano.
Para ser sacada fuera del fango
de la belleza.
Ser sacada...

Dejo volar las ventanas, inspeccionando los ríos, el campo y la
curvatura de los brazos.

Junto al borde del río algunas mujeres extraen el agua; algunas
golpean las camisas de sus maridos con una piedra. Los niños, mitad
desnudos, mordiendo extraña fruta, delirantemente dulce, cantan:

Un día estaremos todos muertos
Pero aquellos que siguen en movimiento
Trazando y retrazando sus pasos
Ellos nunca morirán
Ellos serán llamados
Rembrandt, Colón

Soñé con ser un misionero.
Soñé con ser un mercenario.

Mi mochila era de un ancho de lino atada como una bomba de agua a
un palo.

Miro hacia arriba, las nubes se forman y vuelven a formarse. Semejan
un embrión, un amigo muerto descansando horizontalmente. O un gran
brazo, compasivo como una primavera, que de serle ordenado alcanzaría
y se llevaría aquella bolsa de lino y todo lo que hay en su interior; aunque
más no sean el alma de una idea: el color del agua, el peso de una colina.

(de "Woolgathering", 1992)

Traducción de Gabriela de Cicco e Irene Ocampo



María José Lucero Belgrano

Mar tinto,
azul, panacea y labio.
Fotos de algún tiempo en que éramos felices,
pero no del todo porque alguien lloraba.
¿Quién cree en estrellas de colores?
¿Hay fondos en la caída del pájaro?
Fósforos acurrucados creen que serán dueños de la luz.
No es bueno para la salud correr desnudos
por campos plagados de insectos,
no es bueno creer en Dios cuando lo vimos hacer sus valijas.

Y no pude ver el sol pasar
porque quedé con mi mente en manuscrito.
Quise detenerme
y el compás del mar me entretenía.
Supe que había secretos al ras de la arena
y no en el fondo del mar,
mentira que en el fondo del mar
hay secretos de luz.
Los hay en cada lugar.

Asumimos el tiempo de la espera
con la misma fuerza que ostenta el mar.
Un barco nuestros brazos jalando
de la cuerda.

Afuera nadie quiere vernos;
se alejan de las locas
de esta tierra: un cuerpo en común
marcado por la piedra viva.

Que el agua y su sal
nos salven. Que Yemayá nos cure
y levante el corazón, áspero
durazno que llevamos dentro.
Un son, un canto, tres tambores
al amanecer y un gallo
que por única vez no indique
la partida.

Si ha de haber un paisaje
en mi memoria, que sea éste:
el malecón tembloroso de tus ojos.
La fijeza única de la mirada
hacia adentro del pasado.

¿Dónde habitarnos?
¿Dónde comer del campo la esperanza?

Sembrar apenas y cosechar
un denario que pague tanta locura.

Somos parte de lo que se va:
la cadencia, la magia, el gesto primero
aprobando
el amor inesperado.

Si ha de haber un paisaje,
insisto, que no sea
el olvido.

La Habana, 09/03/96

Ilustración: Germán Gago



Germán

► **Viajá con nosotros** ►►►

Envíanos todo tu material: relatos, poemas, dibujos,
historietas, AVISOS, y yerbas varias.
Ya nos estamos preparando para el número que viene...

mensajes

- ❶ Recibimos desde Córdoba el nuevo libro de Gustavo Ponce, "Gotas de miel sobre un cuchillo". Estamos en plena lectura...
- ❷ Nos llegó la invitación de Carlos O. Antognazzi, desde Santa Fe, para la presentación de su libro "Inside". Te la debemos para la próxima, Carlos.
- ❸ También desde Santa Fe, Enrique Butti nos mandó su premiada novela "Indi". Felicitaciones!!!
- ❹ Y para completar el momento santafesino, nos envió sus saludos Jorge Conti. Prometemos contestarte pronto.
- ❺ La Biblioteca Popular Mitre nos envió saludos y nos informó sobre las actividades para este año. Los interesados pueden llamar al: 482-9327
- ❻ Después de revolotear los aires europeos, Angel Mosquito nos escribió desde Bs. As. y nos envió abundante material para las próximas Underwood. Mosquito, sos un caso a imitar... pronto tendrás tu recompensa.



Locos del aire

Escuchá nuestro "Micro Viajero"
los jueves alrededor de las 22.30
en el programa "El canto del Viento"
(de lunes a viernes de 22 a 00 hs.)

**FM
Río
96.9**

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

**TALLER DE DIBUJO
E HISTORIETA**

de Esteban Toll

**APRENDE A
DIBUJAR O
PERFECCIONATE**

San Lorenzo 1453 "A"
TEL. 438-1897



adriana osella
estudio de diseño gráfico

J.C.Paz 1257 - Alberdi

Tel/Fax 455-6390

Ahora

SÍ

te podés suscribir !!!

Para recibir los próximos 5 números de nuestra revista en Argentina, enviá un Giro Postal a nuestra redacción (J. M. de Rosas 929, 10° C) por valor de \$10 a nombre de:

Pablo José Solomonoff

Resto del mundo: U\$S 20.

**Si estás interesado en
números atrasados.**

...sólo tenés que enviar \$2 por cada ejemplar (incluye gastos de envío)

**Viajeros de
la Underwood
hace parada en:**

Librería Vites - Sgto. Cabral 74

Librería Logos - Entre Ríos 789

Cruclverba Libros - Rioja 2110

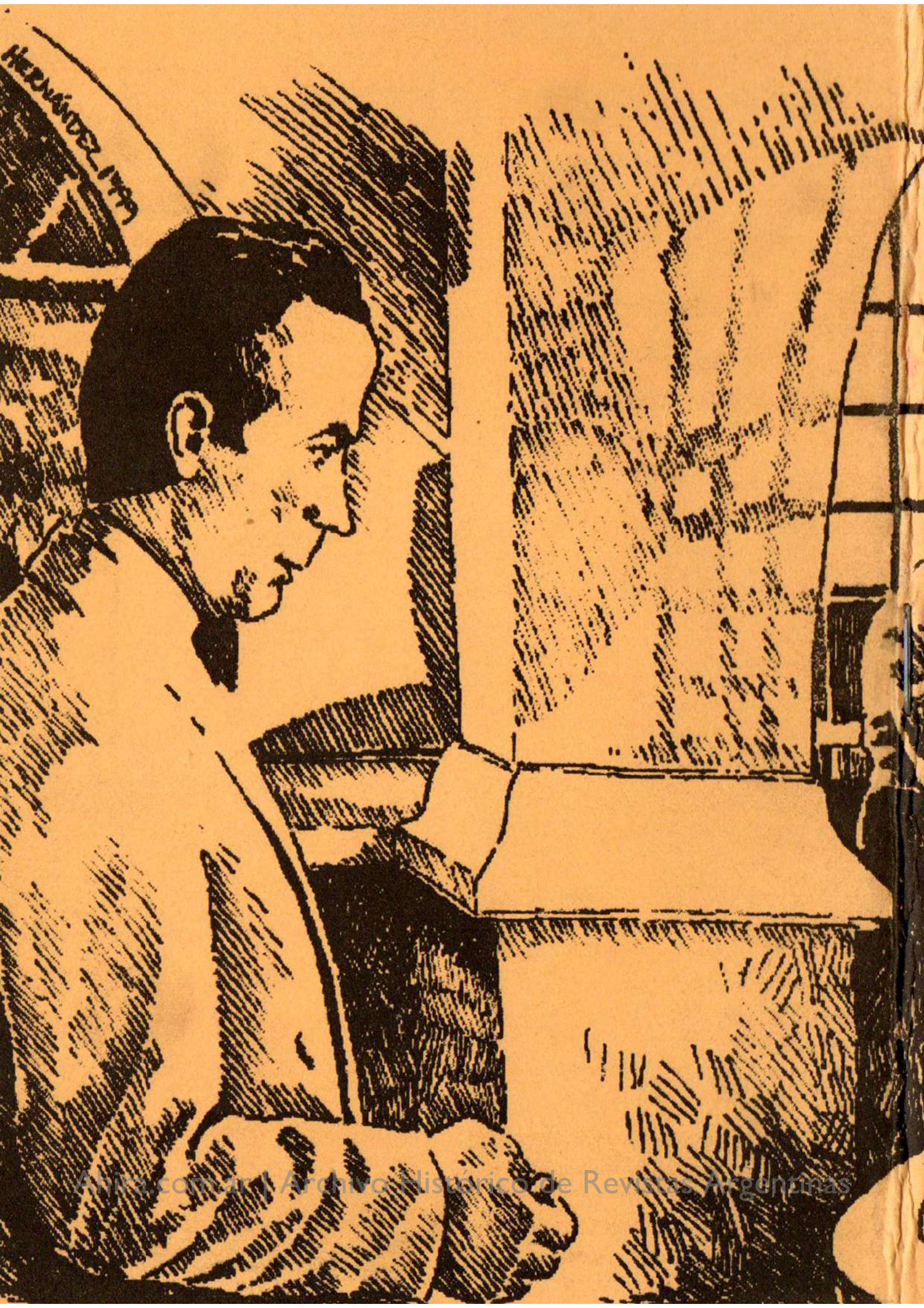
Puro Comlc - S. Martín 843 L. 17

Peccata Minuta - Córdoba. 954 L.10

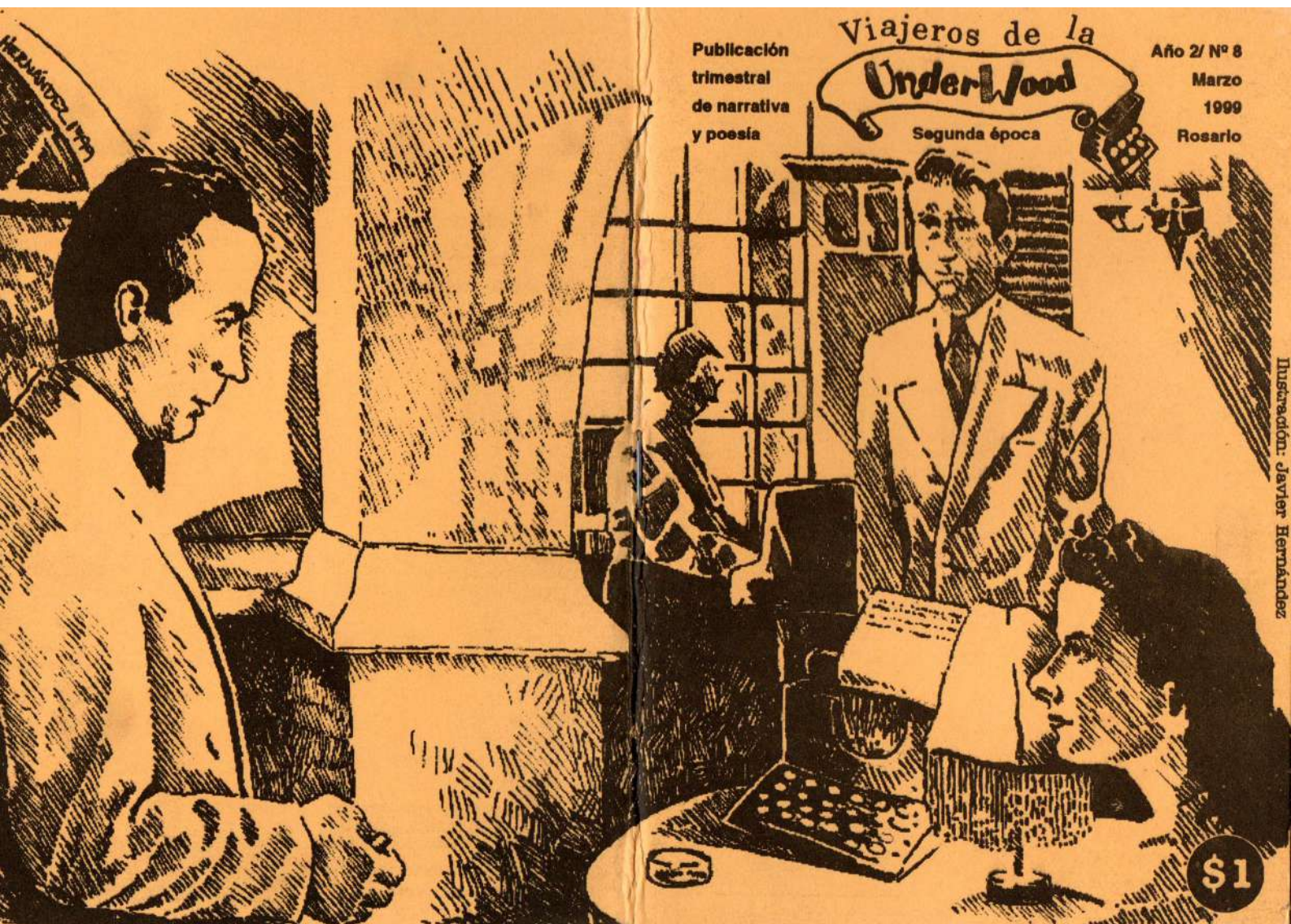
Librería El Arcón - Rioja 1247

Librería La Biblioteca - Rioja 954

**Y también viaja
en las manos de staff**



HERNÁNDEZ 1949



Publicación
trimestral
de narrativa
y poesía

Viajeros de la

UnderWood

Segunda época

Año 2/ Nº 8

Marzo

1999

Rosario

Ilustración: Javier Hernández

\$1